

# LA SEMANA.

## PERIODICO POLITICO Y LITERARIO,

Escrito por el Sr. D. JOSÉ MÁRMOL, y publicado por la imprenta URUGUAYANA.

NUM. 27.

MONTEVIDEO

NOVIEMBRE 10 DE 1851.

### REGRESO A MONTEVIDEO DEL SEÑOR D. FRANCISCO ANRUMARRIETA.

Luchando estaban en mí á abrazo partido el sueño y la vijilia, la pereza y el movimiento; cual si en mí estuviese personificado el pueblo de mi nacimiento, el martes último á las ocho de la mañana, cuando se entró á mi alcoba mi buen criado José con mas desembarazo que una mentira de Rosas en la columnas de la *Presse*.

—Señor ! Señor !—esclamó José.

—Qué hay, José ?—le pregunté incorporándome como si me hallara en el año 43 y creyese que alguien se podría entrar como por su casa, en el Estado Oriental, y hasta la mía.

—Ahí viene, Señor.

—Pero quién viene ?

—Aquel hombre que parece dos hombres.

—No acierto por esas señas, muchacho ; eso es muy comun.

—Señor : es aquel hombre muy grande y muy gordo que se lo llevaron los diablos como decfa su mereed, cuando se lo llevaron los. . . . .

—Ah, sí, el Señor Don Francisco Anrumarrieta ! ¡ acabáras ! Dáme la ropa, pronto. Y en dos minutos me embrollé un vestido en el cuerpo, cual si mi cuerpo fuese la cuestion del Plata, y mi vestido un tratado frances.

Y no bien me ponía mi gorro de mañana, que no es por cierto el *gorro de dormir* de los ingleses, cuando sentí temblar el zaguán de mi casa bajo la basca planta del antiguo recomendado de Alejandro.

—Mi amigo !—esclamó mi hombre, abrazándome la cabeza, única cosa de mi cuerpo que llegaba á su pecho, mientras yo estendía mis brazos por el óvalo de su barriga ; quedando de ese modo, él acariciándome la cabeza, y yo acariciándole el vientre, ni mas ni menos que si yo fuese Rosas, y mi amigo fuese el Almirante Mackau, que segun las malas lenguas, quedó muy contento con los pollos y gallinas que echó Rosas dentro su estómago, en cambio del regalo que él hizo á la cabeza de Su Escelencia en su famoso Tratado.

—Siéntese usted, siéntese usted—le dije.

—Me siento, pero ante todas cosas ¿obró?

—Obró! ¿quién, con mil diablos?

—La Intervencion! ¿no me entiende usted?

—Ah, la Intervencion! No Señor, no ha obrado todavía. Pero no es tiempo ya de hablar de la Intervencion, Señor Anrumarrieta.

—Como que no es tiempo? ¿Y mi historia? ¿como quiere usted que deje incompleta mi historia?

—Al contrario; el modo que su historia de la Intervencion quede completa, es dejándola como el mundo sin principio ni fin. Pero le repito á usted, no hablemos de eso, yo tengo mis razones particulares para no acordarme de esa Señora, ni de Don N. N. ni de Don N. N.

—Sea bien así; pero á lo menos dígame usted, mi querido, dígame usted—dijo el bilbaino acercando su silla, y casi metiéndome los dedos por los ojos—dígame usted ¿qué es lo que aquí ha sucedido?

—Aquí?

—Sí, aquí.

—Y qué sé yo lo que ha sucedido?

—Pero usted no es hombre público, usted debe saber lo que ha pasado ¿qué es lo que ha habido, pues?

—Ay, Señor Anrumarrieta, la mano de Dios!

—La cola del diablo, Señor Redactor.

—Como usted quiera.

—Pero, en fin, y el enemigo?

—No hay enemigo.

—Y el ejército?

—No hay ejército.

—Pero mis amigos de afuera, qué se han hecho?

—Perfectamente buenos.

—Y los de adentro?

—Buenos perfectamente.

—De manera que todos. . .

—Todos estamos en una paz anjélica como si hubieran acabado de despertarnos de una pesadilla con el diablo, ó cosa semejante que no falta en la tierra.

—Pero y las cuestiones pendientes?

—Resueltas.

—Tiene usted los tratados?

—No hay tratados.

—Pero en fin ¿como se concluyó esto?

—Yo se lo explicaré á usted: se concluyó. . . se concluyó porque se acabó.

—Usted se burla, Señor Redactor.

—Yo? Libreme Dios de ello, estamos demasiado alegres para pensar en burlarnos de nadie.

—Sí, alegres mientras medio pueblo estará llorando por la sangre que se acaba de derramar.

—No se ha derramado ni una gota, Señor Anrumarrieta. Es muy vulgar el que una cuestion, como las que solemos tener por acá, se concluya con sangre; lo original es que se acabe sin costarle un cabello á nadie.

—Otra te pego!—esclamó el bilbaino.

—Como?

—Que cada vez entiendo menos este negocio.

—Y yo tambien. Pero lo cierto es que ya no hay sitio, que ya no hay ejército de Rosas, que todo el mundo está en paz y vá á tener lo suyo, que vá á haber elecciones, diputados, presidente, paseos á caballo, casas de campo para alquilar, carne que venga por tierra, leche sin agua de arroz, y esencia de libertad de imprenta sin agua de rosas.

—No cree usted, mi querido amigo—dijo mi bilbaino pasándose la mano por los labios—que todo esto sea efecto de la propaganda política y democrática que establec

entre mis amigos antes de mi arresto, en lo que era antes el campo sitiador?

—No, mi caro. Yo creo que esto no es otra cosa, sinó que en el reloj del destino ha sonado cierta hora para ciertas cosas y ciertos hombres, y que el Señor Jeneral Urquiza está encargado no sé por quien de anunciar por estos barrios de América que ha sonado la consabida hora; y como las leyes del destino no tienen apelacion, los que lo oyen dicen, unos que es la hora de comer, otros la de dormir, otros la de trabajar, otros la de levantarse y ver como está la casa; pero ninguno ha dicho que es la hora de pelear, porque eso es lo que no quiere el Señor destino, que se hace oír de todos por la boca del Jeneral.

—De manera és, que no está loco?

—Hombre, yo á veces creo que sí.

—Lo créa usted, eh?

—Sí, mi querido Señor; á veces creo que sí, por cuanto todos nuestros hombres cuerdos han hecho precisamente lo contrario á lo que veo que hace el Jeneral Urquiza; es decir, todos poco mas ó menos, han propendido á que nos lleve el diablo; y nuestro hombre actual está propendiendo á sacarnos de sus garras. De lo que deduzco por una lójica tan severa como la de la intervencion francesa, que el Jeneral Urquiza no está en su juicio, pues que hace lo contrario á lo que han hecho los hombres que lo han tenido por quintales, segun el respectable tribunal de la opinion pública, que jamás se equivoca, á escepcion de cuando no acierta.

—De modo que él vino. . . .

—Vino por una puerta, salió por otra, y se fué á metérsele á Rosas por la ventana.

—Y lo ha visto usted?

—A quién, á Rosas?

—No, á Urquiza.

—Pues no lo he de haber visto!

—Y que tal, es un grande hombre, eh?

—Quién, Urquiza?

—Sí.

—No, Señor; es un hombre de regular estatura; lo único que tiene grande son las manos: con una se ha agarrado el presente, y con la otra el porvenir. Lo que lo hace parecer grande, es la ropa que usa. ¡Qué bolsillos, Señor Anrumarrieta! Mire usted: en uno del pantalon se ha metido al Ejército de Rosas; en el otro lado su prestigio; en uno del chaleco se ha metido toda la actualidad, y le ha prendido un alfiler para que nadie meta la mano á revolverla; en el otro se ha guardado todas las esperanzas de seis-cientos mil hombres; entre una de sus botas granaderas se vá á meter Rosas; entre la otra á todos cuantos quieran defenderlo, y con toda esta carga á costas se vá derecho á vaciar los bolsillos sobre la mesa presidencial del Congreso, para dejar sus cuentas chanceladas con el presente; pasando en seguida á conversar con el porvenir.

—Con qué decía usted que se le vá á entrar por la ventana?

—Y por los fondos, y por la azotea y por todas partes, y que lo vá á hacer salir por el albañal; eso decía; sí, Señor.

—Me permite usted el pulso, amigo mío?

—No, Señor Anrumarrieta, porque estoy muy sano, gracias á Dios!

—Es que yo noto en usted los mismos síntomas de la manía común á todos sus paisanos en Buenos Ayres. Todos creen lo mismo que usted acaba de decir; y yo tengo mis motivos para creer que el loco no ha hecho ciento, sinó un millon.

—Sus motivos, eh?

—Pues hombre de Dios no he de tenerlos cuando observo que todos están viendo que se les caé la casa encima, y se están entreteniendo en bailar.

—Hola, ni me acordaba! y como le fué á usted de jarana?

—Qué pabos, amigo mío, qué pabos engordados por Riglos!

—Pero el baile, qué tal.

—El baile? oh, magnífico. Pero sobre todo la mesa. Qué mesa!

—Está bien. Despues me hablará usted de la mesa; pero hágame usted una descripción del todo.

Válgame Dios! ¿No publicó usted ya la primera parte de la descripción?

—Sí, yá.

—Bien, léa usted la segunda, léa usted— y mi bilbaino me dió un *Diario de la Tarde*, donde leí lo siguiente:

## GRAN BAILE

*Dado por el Comercio Nacional de Buenos Ayres á la Señorita Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, en la noche del 28.*

[Conclusion.]

### IV.

#### OTROS SALONES Y EL JARDIN.

“La ambicion, inherente al corazon humano, no nos permite detenernos dentro del gran salon por mas tiempo; nos es preciso tomar posesion tambien de los demás departamentos, seguir esa columna movable de figuras de ánjeles; obedecer al fluido atrayente de la hermosura, y dejarse arrastrar por el sonido fascinador del raso y de las sedas, ó por el aroma favorito que sabemos descubrir entre aquella competencia de sabrosos perfumes. Las luces brillantes del salon, la música, los centenares de parejas que se ajitan rápidamente, es un espectáculo que no nos hace olvidar los favores de una brisa fresca, ni el aura que se desprende de las flores del tiempo, ni las emanaciones divinas de las fantásticas fuen-

tes de agua. Todo eso lo encontramos por fin, sin mas que dejarnos arrastrar por imitación de algunas fatigadas parejas.

“Entramos por una puerta hácia la izquierda y nos hallamos en un salon cuadrado largo de 14 varas de largo, cuyas paredes vestidas de blanco y punzó hacen un efecto precioso y favorecen mas aun la riqueza de los muebles elegantes que lo rodean, los cuadros que adornan sus paredes y las arañas de bronce que lo iluminan. Damas y caballeros lo pueblan momentáneamente, y activos sirvientes les presentan con profusion delicados refrescos, dulces esquisitos y lijeros manjares con que obsequian á sus graciosas parejas. En un salon inmediato á que solo tienen entrada los caballeros, se sirve tambien con profusion toda clase de sorbetes, de licores, y otras bebidas esquisitas.

“Este ameno salon se comunica por un lijero pasadizo con asientos de mármol al primoroso jardin. Qué efecto tan lisonjero, qué sensacion tan grata presenta aquel contraste singular, con el ruido animador del salon de baile, con el esplendor y la riqueza deslumbradora que allí se ostenta. La luz del jardin es opaca é imita los favores de una luna de Diciembre; su techumbre circular deja caer graciosamente las ramas frescas del sauce, y entre su verdi oscura sombra, duermen preciosos canarios en sus jaulas de bronce. Copas de mármol blanco contienen plantas esquisitas de rosas, que se brindan á la mano torneada de la belleza, y mezclan su aliento á los cedrones y al clave. Estátuas de mármol, representando las cuatro estaciones, tienen allí su lugar, y cómodos asientos de mármol, tambien de una forma agreste, rodean una alta fuente que está en el centro, en forma espiral, vertiendo una columna de agua que brilla al reflejo de la pálida luz. Es aquella una man-

## V.

## EL AMBIGÜ.

“Un espectáculo de otro jénero presentaba el salon destinado á la cena, donde el esplendor y la opulencia, no cedían al buen gusto y á la intelijencia de los Señores de la Comision que fueron encargados de este ramo difícil. Esta estaba compuesta de los Señores D. Miguel de Riglos, D. Manuel José Cobo, D. Antonio Terrero, D. Manuel José Guerrico y D. Diego Alvear.

“Una ancha division separaba el salon de la cena, del recinto del baile. La altura de esta muralla de adornos era como de seis varas, y se unía con la techumbre por medio de cuatro columnas primorosamente istriadas: entre cada una de las columnas pendía una araña de cristal, que repartía su luz entre el salon de baile y el espléndido comedor.

“Sus murallas vestidas de fondo blanco, se matizaban por anchos bastones color de oro, y las puertas de entrada cubiertas por cortinados de seda, ó pintadas con riquísimas alegorías ó fantásticos caprichos presentaban un cuadro suntuoso. Sobre una de ellas, estaba colocado un escudo en que se leía en letras de oro ¡Viva la Confederacion Argentina! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios! ¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza! En otro escudo con letras de oro, estaba esta oportuna inscripcion á la heroína de la fiesta, SALUD Á MANUELITA ROSAS. Estensos óvalos, iguales á los del salon principal, contenían vistosas pinturas mitológicas. La Fuerza, Diana Cazadora, Minerva, Eurania, el rapto de Elena. La techumbre idéntica á la del salon, estaba unida en el centro por una inmensa guirnalda de flores artificiales, y desde allí se desprendían vistosas arañas. Una ancha cenefa punzó, en forma de escudos romanos,

cion de encanto, un sitio de frescura embriagadora, donde apenas llegaban los ecos apagados de la música á confundirse con el compasado son del agua, ó con el susurro apasionado de los misteriosos diálogos. Las velas esquisitas y los encajes, las flores, las plumas y los brillantes, eran una ironía encantadora en aquel recinto agreste, donde el cespéd y los árboles, osaban disputar la hermosura, á los tapices dorados y á la luz de los salones. . . .

“Tres salones ricamente amueblados, estaban reservados al retrete de las damas, donde esperaban á sus órdenes, intelijentes sirvientas. Divanes cómodos, les brindaban un descanso momentáneo, cortinados esquisitos las guardaban como cerrojos de seda á las miradas importunas: espejos lucientes eran los confidentes con su propia hermosura: cuadros espléndidos, decoraban sus paredes, y flores delicadas, y guantes y zapatos y perfumes, estaban prontos á reparar los incidentes.

“El retrete de Manuelita Rosas, era propiamente una mansion de ánjeles, un gabinete que Venus prestó al Olimpo de la tierra. La coquetería mas espiritual ha guiado la inspiracion de esa obra. Muselinas delicadas, albas como la nieve cubrían el muro de ese lijero pabellon, y recibían un viso casi imperceptible de sedas color de rosa; anchas franjas doradas se dilataban sobre el muro como lujosos bastones, que unidos en la bóveda del techo por una borla preciosa, contenían una lámpara caprichosa. Los muebles todos tan lijeros como lujosos, se combinaban con aquel recinto aéreo, y completaban un golpe de arte y de poesía: digno recinto de la mas preciosa hija del Plata, aprovechado dos noches antes por la Señora Doña Mercedes Rosas, en alguno de los continuos caprichos de su fantasía.

sostenía en cada uno de ellos la inicial de Manuelita, bordada color de oro.

“A la una de la noche, se abrieron las puertas de este suntuoso salon, y los caballeros que habían sido encomendados, introdujeron las Damas designadas en sus tarjetas. El caballero Southern, Ministro de Inglaterra, condujo á Manuelita Rosas y tomó asiento á su lado. A la izquierda de Manuelita estaba el asiento del Señor Ministro de Hacienda, Dr. D. Manuel Insiarte; en otro extremo, haciendo de Vice-Presidente de la mesa, estaba el Jeneral D. Tomas Guido; el Sr. Jeneral Pinedo, el Sr. Jeneral D. Prudencio Rosas, y otros Jefes del Ejército, altos funcionarios, caballeros de distincion, y personajes del cuerpo diplomático, tomaron otros asientos de preferencia por el orden de su categoría.

“Entre estos se hallaba el distinguido escritor D. Francisco Anrumarrieta, natural de Bilbao, que hace dos meses está entre nosotros haciendo estudios políticos y filosóficos.

“Las mesas colocadas con habilidad para la comodidad y para el efecto, ofrecían el mas animado aspecto. El servicio profuso y delicado en los manjares mas esquisitos, en los vinos mas selectos, no solo era irreprochable, sino que atestiguaba la largueza de sus directores, y la intelijencia y el esplendor que se había empleado. A los sabrosos manjares que cubrían la mesa, se unía el auxilio deslumbrador de los objetos de adorno: multitud de candelabros de formas caprichosas y de costoso precio; vasos de plata y de oro conteniendo flores y frutas, macetas esmaltadas de flores ó con fresas, ramilletes, en forma de rotunda ó formando preciosas glorietas, dan una idea bien pequeña de aquel recinto digno de la asistencia que lo poblaba, y de los caballeros que lo disponían. Ciento y sesenta personas á la vez, se sentaron á la mesa, y despues de algunos momentos empleados en esa cortesía esmerada del servicio recíproco y de los cumplimientos alternativos, tomó la copa el Sr. Ministro de Hacienda y propuso un brindis.

“Pero de todos los brindis, aquel que hizo máyor impresion en el ánimo de los concurrentes, por su nervio, su elocuencia

y la estension y profundidad de sus miras, fué el siguiente del Señor D. Francisco Anrumarrieta:

“Indianos: vosotros estais cenando en este momento, y hareis bien en no despreciar vianda de este espléndido ambiente en obsequio de la hija del Señor Jefe que no ha podido asistir porque conserva luto por su bien amada esposa que Dios tenga en Su Gracia; hareis bien, decía, porque no sabeis si almorzaris mañana.

“El mundo nos contempla en este momento, (*aplausos*) y estos pavos que ha engordado el Señor Riglos van á pasar con nosotros á lo mas remoto de la posteridad.

“La humanidad está conmovida, y tocada como el espíritu de vuestro jefe, y América entera se balancea sobre sus piés como dentro de un momento habrá de balancearse mi distinguido cólega el Señor Southern.

“¿Y porqué todo eso, Indianos? Porque la santa causa del Jefe Supremo nos supo elegir los manjares apropósito para las mas fácil digestion. Comió de todo, y una apoplejía fulminante ha entorpecido todas sus funciones animales, y se halla próximo á la disolucion de su organismo. (*Rumores sordos.*)

“Quién sabe, Señores, sin embargo, si no es todo esto una combinacion del jénio político de ese grande hombre que ha acabado de serlo despues de mis últimas conferencias con él! Si morís de la apoplejía de la causa, ó de esa epidemia mental que yo veo desenvolverse bajo estos climas, moriré en la creencia de que no morís, por cuanto todo ha de ser obra de alguna alta combinacion de ese jénio creador que con su dedo estratéjico ha de delinear el plan de las futuras victorias, como acaba de decir muy bien el ilustre jeneral Páchecho en la Sala de Representantes; aun cuando los salvajes unitarios dicen que esta vez S. E. se vá á meter el dedo en el bolsillo.

“Os parecerá que os vá á llevar el diablo, pero no lo temais, Señores Diputados y Jenerales que me oís, porque S. E. no os quiere llevar á ninguna parte, ni dejaros llevar por nadie. Creed que todo lo que os suceda es la obra de su jénio. Y cuando os

digan que está ahorcado ó que está abordo, no lo creais tampoco y manteneos firmes é incommovibles en vuestras bases de granito, porque velan por vosotros el héroe vivo y la heroína muerta.

“Y así, pues que todo no es sinó engaña pichanga cuanto os vá á suceder, aprovechchaos como yo de esta opípara mesa, pues aunque sea en chanza puede que no comamos mañana. Dejaos de bailar, porque demasiado vais á bailar en adelante, y comamos y bebamos á nombre del esposo y su difunta, y hasta de su hermana Doña Mercedes mi respetable compañera de estudio y otras cosas.” (*Bravos prolongados.*)

“El Sr. Jeneral Guido, como vice-presidente de la mesa, propuso un brindis á la salud de S. M. la Reina Victoria, que fué correspondido con viva y respetuosa simpatía á aquella Augusta Dama.

“El Sr. Southern, Ministro de la Gran Bretaña, propuso beber por la dicha perdurable de S. E. el Jeneral D. Juan Manuel de Rosas, Jefe Supremo de la Confederacion Argentina, y por la de su amable y virtuosa hija, tan admirada, no solo de sus compatriotas, sino de todos los extranjeros que han tenido la fortuna de conocerla.

“El Sr. Dr. D. Baldomero Garcia habló en seguida. El Sr. Dr. D. Lorenzo Torres, el Sr. D. Adeodato de Gondra, el Sr. Velez y el Sr. Jeneral Pinedo, que levantó la copa en honor á las glorias del Jeneral Rosas, y al esterminio de sus enemigos. En todos los discursos reinó la animacion que inspiraba una fiesta tributada en honor de Manuelita Rosas, el modelo esquisito de la Sociedad Argentina, y el centro de las virtudes y de la gracia porteña; en todos los discursos el patriotismo y la admiracion por la gloria de que llena su Patria el Jefe Supremo de ella, y por la indignacion que provoca la traicion del loco Urquiza, el vil gabinete del Brasil, su aliado, y el bando de Salvajes Unitarios.

“Alternativamente fueron cambiando sus asientos todas las Damas y Caballeros asistentes al baile; pero Manuelita Rosas, con su deferente bondad, se mantuvo en su asiento para acompañar á sus compatriotas.

## VI.

“Ya la aurora mezclaba su luz matinal, y empalidecía el brillo de las bujías sin marchitar siquiera el ánimo de la concurrencia, y las demostraciones jenerales, revelaban el interés de ver á Manuelita en su favorito *Federal*, donde sabe derramar todos los resortes de su gracia. Con efecto, prestóse esta amable dama y ejecutó esta graciosa danza nacional entre los aplausos de los circunstantes.

“A las siete de la mañana, se bailaba aun; pero el dia, empujando á un reposo necesario á aquel alegre concurso, dejó poco á poco, un recinto que servirá por muchos dias, al recuerdo de la Sociedad Argentina.”

—Y bien? qué le parece á usted?—me preguntó el Señor D. Francisco.

A mí? Mire usted: á mí me parece que lo malo que ha tenido este baile es que no se hubiese postergado para Diciembre ó Enero con eso bailábamos todos. Por lo demás á mí me parece muy bueno.

—Oh, ha sido espléndido!

—Y qué es lo mas notable que usted encontró allí?

—Hombre, lo mas notable fué un pastel. . . .

—Por amor de Dios, si yo no le hablo á usted de la cena!

—Ah! bien, bien. . . . Lo mas notable entonces fué que solo mi brindis entusias mó. Noté algo de entierro en el baile; algo como de no haber gana de comer ni beber; algo. . . . que sé yo. Algo de miedo á que se oyera por allí algun clarín de Urquiza haciendo las veces de la trompeta final.

—Y el edificio es bueno?

—Magnífico.

—Se lo preguntaba á usted porque hemos de necesitar allá para el mes de Mayo ó Junio del año que viene un buen edificio para cierta corporacion que ha de reunirse. Y á propósito de ello, dígame usted Señor Anrumarieta, qué ha sacado usted en limpio de sus estudios; qué se opina en Buenos Ayres sobre la revolucion actual; gusta ó no la idea del Congreso?

—Superior. Ya me dió usted en la tecla:

traigo escrito un exámen moral y político de todos los habitantes de esa tierra, que es de chuparse los dedos.

—A ver, á ver el exámen.

—Despacio; no le traigo conmigo. Está entre mis papeles. Pero se lo traeré á usted esta semana sin falta. Ahora no hablemos mas de esto, porque me voy; voy á desembarcar mi equipaje y á hacer una visita á mis amigos de afuera.

—Ahora ya no hay *adentro* ni *afuera*, Señor Anrumarrieta.

—Eso mismo le decía yo á Rosas: no hay afuera ni adentro para V. E. Exmo. Señor; no hay mas que *arriba*, por cuanto V. E. está espuesto á que lo aborquen.

—Se lo decía usted, eh?

—Toma! Tendré yo pelos en la lengua como mi cólega Mercedes en la barba! con que, adios mi querido amigo.

—Adios mi querido D. Francisco, que no se convierta usted en tratado y vaya y no vuelva.

—No, no; me volveré y me dejaré estar, como si estuviese esperando una ratificación. Adios, eh?

—Adios, Señor Anrumarrieta.

Y se fué mi amigo y me quedé yo, solo mi alma despues de tan inmensa compañía, como á mas de uno le ha pasado en la vida.



#### UNA NUEVA GUERRA EN MONTEVIDEO

Ya no cabe duda en que está de Dios el que no se ha de poder nunca vivir en paz en este Montevideo tan digno de mejor suerte. Parece que la guerra se ha hecho aquí una especie de incendio que se apaga por un lado y asoma por otro.

No bien acaba de concluir una guerra que ha durado ocho años, cuando estalla otra que parece querer durar toda la vida.

Pero no es esta vez guerra de Rosas, ni de ninguna potencia extranjera, sino que es de peor origen porque es guerra interior.

Pero no es guerra civil de los antiguos partidos, ni de partidos nuevos, sino que es peor que ésta porque es guerra individual:—es la guerra que han declarado los dueños de casa á los inquilinos, con mas encarnizamiento que si los inquilinos fuesen derechos del pueblo, y los dueños de casa fuesen ministros.

Con la mayor candidez del mundo, ó con la travesura mayor, los dueños de casa han creído que la plata ha entrado en carreta por las calles de Montevideo desde el día de Octubre del presente año; y sin mas ni mas, cada uno le ha leído á su inquilino la sentencia de pagarle doble, ó triple, ó cuádruple el arrendamiento mensual de su casa.

—Señor, sino tenemos todavía—dicen los inquilinos.

—No importa, ya se hizo la paz.

—Pero, Señor, si la paz no me ha dado nada de lo que me quitó la guerra.

—No entiendo, ya se levantó el sitio.

—Pero, Señor, si mis bolsillos están sitiados todavía.

—No sé nada; pague usted doscientos pesos por la casa que tenía en treinta, ó si nó, mídese.

—Pero, Señor, adonde me he mudar si todos los dueños de casa me van á pedir lo mismo?

—A la calle entonces.

—Pero, Señor, si de la calle me ha de echar la Policía, porque en la calle no viven sino los perros, por ser precisamente los que no debieran vivir en ella.

—Entonces, doscientos pesos ¿entiende usted?

—Doscientos diablos que se lo lleven á usted!—se le debía contestar á todo el que vá poco mas ó menos á establecer el diálogo anterior.

Pero como el hacer eso no es político, y puede ocasionar una desgracia, bueno sería que alguien se ocupase de hacer entrar en razon á los Señores dueños de casa, por algunos meses á lo menos; pues parece que todos se han asociado para enturviar el gozo de la paz en las dos terceras partes de la población de esta ciudad que vive en casas alquiladas; haciéndoles entender, que es verdad que se ha hecho la paz, pero que no es verdad que se haya hecho oro en el horno de cada casa. Que es verdad que el enfermo está fuera de peligro; pero que es verdad tambien que necesita un poco de tiempo para convalecer y volver á lo que fué. No es friolera la cosa! están puestas en tortura las dos terceras partes, sin exajeracion, de la población de la ciudad.